



**VUELTA A LA MINA.** Hacía muchos años que Emiliano no visitaba la galería por la que circulaban las vagonetas camino del cargadero de la ría. / LUIS ÁNGEL GÓMEZ

Emiliano Valdizán, el soldador bilbaíno que cerró la mina de San Luis en 1995, repasa el cambio experimentado por el barrio en una visita a los vestigios del yacimiento de hierro

JOSÉ MARI REVIRIEGO BILBAO

El último minero de Miribilla echa la partida en el club de jubilados de Conde Mirasol, en Bilbao la Vieja, y pinta montañas nevadas en una sala que mira a la ría, quizá evocando sus orígenes. Se llama Emiliano Valdizán, tiene 74 años y dedicó 40 de ellos a la mina de San Luis, a cuatro pasos de donde hoy juega al tute. Él representa a toda una generación de trabajadores que se retorció los riñones arrancando mineral rubio, una preciosa roca de hierro que aflora en esta colina hoy colonizada por 3.000 viviendas. Es el último superviviente del yacimiento de Miribilla porque, literalmente, fue quien cerró con llave el acceso a la galería, en 1995. Como quien dice, antes de ayer. Esta es la historia de Emiliano, pero también es la de todo un barrio, historia de Bilbao.

Nació en la montaña cántabra, en Soto de Campoo, cerca de Reinosa, y con 24 años vino a buscarse la vida animado por el desarrollo de la siderurgia vizcaína, como hacían otros miles de emigrantes que recalaron en los cincuenta y sin los que Bilbao hoy no sería la gran ciudad que es. En Gallarta se inició en la cantera y, cuatro años después, en 1955, se trasladó a Miribilla, donde creció como persona y soldador. Él estuvo en la mina de San Luis, pero en esta colina había otras explotaciones: Malaespera, Abandonada y La Julia.

Aún quedan vestigios de este pasado duro, pero próspero. El más fantástico es una galería de la mina de San Luis. Pasa bajo un edificio de viviendas y desemboca en la ría, donde las vagonetas descargaban el mineral en los barcos. Detrás de un portón de madera, en el número 2 del flamante muelle Marzana -restaurado por Ría 2000-, junto a

## El último minero de Miribilla

un restaurante y viejos talleres, se abre Bilbao al pasado. La puerta, controlada por el Ayuntamiento, da paso a una caverna rojiza de 130 metros de longitud con un brazo de otros 90 por los que circulaban las vagonetas camino del cargadero. Unos tienen discotecas, comercios o aparcamientos debajo de casa. Otros, una mina.

Hacía muchos años que Emiliano no bajaba por aquí. Ágil de movimientos en un medio que no le es hostil, entra en la caverna «con nostalgia, pero también con alegría». «El trabajo de minero, en los cortes, era muy sacrificado y eso que al final se hacía con máquinas, en vez de al hombro y con caballos», recuerda dentro de la galería. Hay restos de tuberías roñadas, de vías, de tendidos eléctricos y un manantial que fluye cristalino. Pequeñas estalactitas cuelgan del techo, atravesado por vetas rojizas. Hierro bueno.

De estas entrañas salía el carbonato para Sopuerta, para la elaboración de pintura, y el mineral

rubio, más puro, para las fundiciones de Ensidesa y Altos Hornos. Por la galería en la que Emiliano recuerda el pasado reciente de Bilbao la Vieja bajaban las vagonetas, «con un operario empujando con una palanca de uña de madera». El tramo era de 250 metros de longitud y llegaba hasta lo que hoy es la plaza Saralegui, donde se lavaba y cargaba el material extraído.

Emiliano participó del cambio experimentado en el yacimiento. Justo al llegar, las carretas de carga tiradas por caballos se sustituyeron por maquinaria inglesa.

Encargado también del mantenimiento, él fue a recoger al Puerto los camiones, las cargadoras con cuchara NCK y los volquetes de 25 toneladas. Bien los agradecerían las 75 personas que llegaron a trabajar en este tajo, a dos turnos.

Aquí se trabajaba duro. Los yacimientos estaban en la parte alta de la colina y allí, en el corte, uno se jugaba el pellejo. Emiliano da fe de ello. Después de que una cuadrilla entrara en un agujero a colocar barrenos, comenzó a contar los que salían. Uno, dos, tres, cuatro... No se quedó tranquilo porque tras la

explosión estaba convencido de que faltaba uno. «No me jodas Emiliano, no me jodas», le decía su superior, que le mandó arriba a comprobarlo. Desgraciadamente, Emiliano estaba en lo cierto. La víctima no pudo escapar. Se le había quedado una pierna atorada junto al barreno. Vetas rojas.

### Las gabarras

La actividad en la galería que está debajo del edificio era otra. Al principio se utilizaba como camino de descarga de las vagonetas, entre la mina y las gabarras de la ría. Después, la labor se realizaba arriba en Miribilla, en camiones y vagones que usaban otro túnel que terminaba en Vista Alegre, al lado de la plaza de toros, en Irala. En la playa de vías, el tren de Renfe recibía la mercancía. Esta zona es ahora Amezola, la avenida del Ferrocarril, un parque. Está claro que Bilbao ha cambiado.

Cuando desaparecieron las vagonetas, Emiliano controlaba el mantenimiento de la galería, ya que seguía siendo imprescindible para el buen funcionamiento de la mina. Por aquí se bombeaba con tres motores el agua de la ría con el fin de lavar el mineral afuera. Después, las aguas sucias se devolvían al cauce. Por eso algunos recuerdan al Nervión teñido de rojo. El problema es que había que sustituir las tuberías cada tres años porque la sal las destrozaba.

En 1987, y tras un progresivo declive, finalizó la extracción en las entrañas de Miribilla. No porque no hubiera hierro, aún visible a simple vista, sino porque perdió competitividad. Desde ese año y hasta 1995, Emiliano formó junto a otros cinco empleados la cuadrilla de vigilancia, con la misión de velar por la seguridad y rellenar los agujeros de este queso de gru-



**LA CUADRILLA.** Emiliano, a principios de los ochenta, en el tajo.

«El trabajo era muy duro. Y eso que se hacía con máquinas, en vez de caballos»